



*Qué
se sabe
de...*

El Nuevo Testamento desde las ciencias sociales

Esther Miquel

verbo divino

Índice

Introducción	7
Primera parte: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	9
1. Texto y contexto	13
Los presupuestos socioculturales del lenguaje	13
Dificultades para acceder al contexto sociocultural del Nuevo Testamento	17
Dificultades para organizar e interpretar los datos antiguos ...	22
La perspectiva del investigador	25
2. El uso de las ciencias sociales en la investigación histórica	31
Interpretar el pasado desde el presente	31
Tipos de modelos científico-sociales	34
Cautelas para el uso de las ciencias sociales en la reconstruc- ción histórica	38
Fuentes	52
3. Reflexiones sobre los fundamentos y presupuestos de las ciencias sociales	55
Conocimiento práctico	55
Comportamientos recurrentes	58
Funcionalismo. Instituciones	59

Teoría de conflictos	61
Algunos modelos básicos de la psicología social	62
Segunda parte: ¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?	67
4. Estratificación social. Un modelo materialista	71
Sociedades agrarias	72
El propietario ausente	78
Patronazgo y endeudamiento en el ámbito rural	81
La Galilea de Herodes Antipas	85
Reflexiones metodológicas	88
5. Personalidad de orientación colectivista. Un modelo de la psicología social	91
Categorización	93
Grupos	95
Identidad social e identidad individual	97
La doble moral intragrupal/intergrupala y el valor del prestigio social	100
Bienes limitados y actitud agonista	103
Envidia y mal de ojo	106
Reflexiones metodológicas	109
6. Las sociedades patriarcales. Un modelo etnológico funcional	111
Condiciones económicas, políticas y sociales de las unidades domésticas	112
La unidad doméstica patriarcal: características principales	117
La reproducción de la cultura patriarcal	125
Herencia	132
Honor y vergüenza: el valor del prestigio social en las sociedades patriarcales	136
Reflexiones metodológicas	141
7. Amistad y relación patrón-cliente. Un modelo etnológico	145
Relaciones interpersonales voluntarias	146
Relaciones de amistad	152
Relaciones patrón-cliente	155

Beneficencia	159
Intermediarios y estratificación social	163
Reflexiones metodológicas	164
8. Moral y resistencia campesinas. Un modelo conflictual	167
Campesinado	169
Ética de subsistencia	171
Culturas de resistencia en colectivos subordinados	179
Formas de expresión de las subculturas subordinadas	186
Expresiones de resistencia en el Nuevo Testamento	189
Reflexiones metodológicas	196
9. Estados alterados de conciencia y experiencia religiosa.	199
Experiencia, realidad y conciencia. Su pluralidad	199
Proceso de construcción e interpretación de la realidad. Esta-	
dos alterados de conciencia	207
Realidad trascendente y experiencias religiosas extraordinarias	210
El uso religioso de los EAC	214
Base neurológica y condicionamientos culturales de las expe-	
riencias en EAC	219
Reflexiones metodológicas	224
Tercera parte: Cuestiones abiertas en el debate actual	225
10. Algunos temas discutidos	229
¿Cómo entender la economía antigua?	229
Composición social de las comunidades paulinas	233
¿Son posibles las actitudes contraculturales?	236
¿Es pertinente hablar de subculturas femeninas?	239
¿Literatura o experiencia?	246
Cuarta parte: Para profundizar	249
11. Memoria, transmisión e interpretación	251
Presupuestos sobre oralidad y escritura en la exégesis crítica	
del siglo XX	252
Interconexión entre oralidad y escritura en la Antigüedad	253

Memoria e identidad grupal	259
Las ciencias sociales y las interpretaciones actualizadoras del Nuevo Testamento	262
12. Bibliografía comentada	269
Ciencias sociales	270
Reconstrucción de contextos socioculturales y usos de las CCSS en el estudio de la Biblia	273
Exégesis que utiliza modelos de las CCSS	274

Para comprender este libro

INTRODUCCIÓN

Los escritos del Nuevo Testamento nacen en un periodo histórico, un lugar geográfico y un espacio sociocultural muy concretos. Aparecen todos ellos entre los años 50 y 200 de nuestra era, en el área mediterránea y en el conjunto plural de las sociedades y agrupaciones humanas que vivían por entonces bajo el dominio de Roma. Dichos contornos delimitan el escenario donde vivieron inmersos tanto los autores del Nuevo Testamento como los inmediatos destinatarios de sus escritos.

Este libro de carácter introductorio parte de dos convicciones ampliamente compartidas en el mundo exegético contemporáneo. La primera es que un lector actual del Nuevo Testamento no puede entender los significados ni captar adecuadamente las intenciones y efectos de sus mensajes sin un conocimiento suficiente del escenario sociocultural donde surgió. La segunda, que las ciencias sociales, correctamente utilizadas, pueden contribuir de modo eficaz a la obtención de este conocimiento. Las páginas que siguen estarán dedicadas a argumentar a favor de estas dos convicciones y a exponer los principales avances que el uso de las

ciencias sociales ha posibilitado en el campo de la exégesis neotestamentaria.

El libro puede usarse de distintas maneras, según el tipo de interés que mueva al lector. Aquellos lectores que ya han asumido la necesidad de interpretar el Nuevo Testamento teniendo en cuenta el contexto sociocultural que presupone, y solo desean familiarizarse con dicho contexto, pueden prescindir de toda la primera parte y empezar a leer directamente por la segunda. También pueden prescindir de los apartados *Reflexiones metodológicas* con los que concluyen los seis capítulos de esta segunda parte. Quienes también quieran conocer las razones por las que defendemos una exégesis socioculturalmente contextualizada deberían leer, además, el capítulo 1 y el primer apartado del capítulo 2.

A los lectores que, no solo están interesados en conocer el contexto sociocultural del Nuevo Testamento, sino también de qué manera pueden las ciencias sociales contribuir a su reconstrucción, aconsejamos la lectura completa de todo el libro, empezando por la primera parte. Esta primera parte ha sido concebida como una introducción al uso exegético de los modelos científico-sociales. En ella se abordan los principales problemas con los que el exégeta profesional suele encontrarse a la hora de aplicar los resultados de las ciencias sociales a la interpretación de los textos. También puede ser útil para el lector que, sin ser exégeta profesional, desea entender los procedimientos utilizados en libros y artículos de exégesis sociocientífica.

Las partes tercera y cuarta tituladas «Cuestiones abiertas» y «Para profundizar» respectivamente, no presuponen la lectura de la primera parte y, por tanto, son accesibles a cualquier tipo de lector. No obstante, como sus propios títulos indican, tratan cuestiones discutidas o que todavía son objeto de investigación, por lo que sus contenidos tienen un nivel de complejidad algo superior a los de los capítulos de la segunda parte.

Texto y contexto

CAPÍTULO 1

Los presupuestos socioculturales del lenguaje

A diferencia del, hasta hace poco dominante, pensamiento estructuralista, que concebía las obras literarias como sistemas autocontenidos sin relación con el mundo exterior, la lingüística actual ha puesto la dimensión social del lenguaje en el primer plano de sus intereses y análisis. De acuerdo con esta nueva perspectiva, inaugurada en 1955 con las charlas de John Austin en Harvard (publicadas con el título *Cómo hacer cosas con palabras*), el habla y la escritura son, ante todo, formas específicas de la acción humana y, por consiguiente, deben ser analizadas utilizando los instrumentos metodológicos de la teoría de la acción. El habla es el conjunto de los actos del habla, la escritura es el conjunto de acciones que resultan en la producción de textos escritos y el conjunto de acciones relacionadas con el uso de esos textos. Las personas hablamos y escribimos fundamentalmente para interactuar con el mundo humano y social que nos rodea. Por tanto, una aproximación comprensiva al lenguaje humano debe prestar especial atención a las motivaciones e intenciones de los actos del habla y de la

producción de textos escritos. Dado que las motivaciones e intenciones de la acción humana son parte de la dinámica mediante la que las personas se insertan en el mundo, un estudio completo del fenómeno del lenguaje y de sus manifestaciones en los textos escritos no puede olvidar ese mundo externo, social y natural, que motiva las acciones lingüísticas y en el que los actores de las mismas pretenden producir efectos.

¿Cómo podríamos entender el sentido de una oración de petición sin saber de qué forma concibe el orante la divinidad a la que se dirige? ¿Cómo comprender el significado de una orden, una noticia, una alabanza, una queja sin reconstruir mentalmente el tipo de contexto social en el que se expresa, la relación social existente entre quien la pronuncia y quien la recibe, las formas en que las estructuras sociales canalizan sus posibles efectos? Si reflexionamos un poco sobre este tipo de cuestiones, llegamos inevitablemente a la conclusión de que el conocimiento necesario para captar adecuadamente todo cuanto está implicado en un solo acto del habla pronunciado en el seno de un grupo humano concreto abarca todo el conocimiento social compartido por ese grupo; dicho en otras palabras: toda su cultura (F. Gerald Downing, *Doing things with words in the first Christian century*, T&T Clark, Londres-Nueva York 2000, pp. 41-56). Abarca su visión del mundo, es decir, el conocimiento compartido acerca de todo lo que el grupo reconoce como existente. Abarca su axiología, a saber, los valores compartidos y las relaciones jerárquicas que el grupo establece entre ellos. Abarca su moral compartida, o lo que es lo mismo, las metas y prioridades de la acción humana que el grupo aprueba, así como los criterios que determinan los tipos de conductas y actitudes que considera correctos para cada tipo de situación social. Abarca, finalmente, el repertorio de emociones que el grupo identifica y de

las que sus miembros se valen para manifestar sus reacciones ante las diversas experiencias. Así, retomando uno de los ejemplos anteriores, para que una oración de petición sea un acto posible del habla, el sistema cultural en el que vive el orante debe reconocer la posibilidad de que exista algún dios de tipo personal, capaz de entender al ser humano y capaz de intervenir en su vida, debe ofrecer criterios de valor que determinen qué se debe o se puede pedir a la divinidad, debe incluir normas de comportamiento acerca de cómo debe la persona dirigirse a ese dios, y debe ser capaz de dar sentido a las emociones que el orante siente durante su experiencia de oración.

El lenguaje escrito presupone incluso más conocimiento cultural que el lenguaje oral, pues hace uso de todo un complejo sistema de convenciones literarias que normalmente no aparecen explicitadas en los propios textos. Estas convenciones suelen estar relacionadas con los distintos géneros literarios, que a su vez dependen de los distintos usos que el grupo en cuestión hace de la escritura. Así, el enunciado de una norma de comportamiento, por ejemplo, «no responder a la violencia con la violencia», vendrá expresado de formas diferentes y tendrá significados diversos según esté escrita en un código de leyes promulgado por un gobierno o en una colección de consejos sapienciales de carácter tradicional. Así también, las fórmulas de alabanza a personajes prestigiosos inscritas en los monumentos públicos serán distintas y producirán efectos diferentes de las fórmulas de aprobación que un particular escribiría en una carta privada a un amigo, por más que las virtudes ensalzadas en uno y otro contexto fueran las mismas. Las primeras servirán para dar honor a las autoridades o a los benefactores de la ciudad, las segundas para expresar admiración sincera o animar al receptor. El soporte material donde se escribe un texto, el tipo de situación social en que

se lee, las formulas literarias empleadas, el estilo... son otros aspectos de la actividad literaria que aportan información necesaria para la correcta interpretación de su contenido. Esta información está enraizada en la vida cotidiana del grupo donde se ha producido el texto y, por tanto, presupone el conocimiento de su contexto sociocultural.

Aplicando las reflexiones precedentes al campo de estudio que nos ocupa, nos damos cuenta de que para entender cualquier escrito del Nuevo Testamento necesitamos habernos familiarizado primero con la cultura y la dinámica social en la que vivieron los grupos humanos que los produjeron y los usaron. Necesitamos saber cómo imaginaban el mundo circundante, cuáles eran sus valores, cómo funcionaba la sociedad en la que vivían, cómo se legitimaban sus instituciones, cuáles eran los principales grupos de interés activos en la escena pública y cuáles los colectivos marginales y las subculturas... Necesitamos saber qué funciones tenía la escritura, los distintos ámbitos de su uso, y las convenciones literarias a ellos asociadas.

Por ejemplo, ante una de las cartas paulinas recogidas en el corpus del Nuevo Testamento debemos preguntarnos, no solo por su contenido, sino por todo lo que ese contenido y la misma existencia de la carta presuponen. Debemos entender el escrito que ha llegado a nosotros como la huella de una acción o una actividad realizada por el apóstol Pablo en el seno de un grupo humano y en el contexto más amplio de la sociedad y la cultura donde ese grupo se sitúa. Una acción que tiene unas motivaciones, unas expectativas, unas estrategias; que moviliza a colaboradores, mensajeros, lectores... y que, por tanto, cuenta con unos conocimientos y unos comportamientos institucionalizados dependientes, a su vez, de las estructuras y las dinámicas socioculturales vigentes en dicho contexto. Para captar plenamente el significado de la carta a los Romanos, por ejemplo, de-

bemos poder imaginar la forma de vida de sus destinatarios, su estatus social, las motivaciones que les habían llevado a unirse y constituir una comunidad de creyentes en Cristo, su relación con las sinagogas judías de la ciudad, las razones por las que un apóstol como Pablo, que nada había tenido que ver en la formación de dicha comunidad, estaba interesado en comunicarse con ella, los medios que la sociedad ofrecía a un predicador oriental para contactar con una asociación ubicada en Roma, las expectativas que razonablemente podrían tener uno y otra respecto a este contacto, etc. Las respuestas a todas estas cuestiones condicionan el sentido de las palabras de Pablo y, por tanto, también el significado que quiso expresar con ellas y que sus destinatarios seguramente supieron entender. No es, pues, en absoluto lo mismo leer la carta a los Romanos teniendo en cuenta todos los factores que constituyen la situación sociocultural en la que fue escrita, que leerla como si fuera un documento doctrinal compuesto en un lenguaje ahistórico, y portador de significados universales y eternos.

Dificultades para acceder al contexto sociocultural del Nuevo Testamento

La distancia entre grupos humanos puede ser de tres tipos distintos: geográfica, temporal y cultural. La distancia geográfica que nos separa de los lugares donde se configuraron, fijaron y difundieron los escritos del Nuevo Testamento es una distancia que, afortunadamente, todavía hoy podemos recorrer. Quienes viajan en el siglo XXI por la cuenca del Mediterráneo pueden todavía contemplar la cuna física en la que nació el cristianismo, el entorno geográfico y natural en el que dio sus primeros pasos. Si el viajero presta atención y re-

flexiona acerca de lo que ve, se dará cuenta de la gran ventaja que para la difusión del mensaje cristiano supuso la configuración geográfica de la región: un mar interior navegable, jalonado por tres grandes penínsulas y salpicado de islas; numerosas zonas de litoral costero apto para la construcción de ciudades portuarias; una climatología templada que permite viajar a pie o en barco durante la mayor parte del año.

Las ventajas que la geografía brindó a la difusión del cristianismo ya habían sido aprovechadas con anterioridad por los colonos y comerciantes griegos y fenicios, por los ejércitos persas, cartagineses, macedonios y romanos, y por los numerosos emigrantes que intentaban alejarse del hambre, la servidumbre o la devastación de la guerra. Todos estos movimientos de seres humanos acaecidos antes del inicio de nuestra era habían contribuido a reforzar las semejanzas entre las soluciones culturales dadas por los distintos grupos humanos a los problemas de supervivencia y desarrollo planteados por entornos ecológicos parecidos. Al conjunto de rasgos culturales así compartidos por la mayor parte de la población mediterránea antigua lo denominaremos «cultura mediterránea antigua». Esta denominación no presupone que todos los aspectos y factores que normalmente configuran una cultura humana completa fueran comunes a todos los pueblos antiguos de la cuenca del Mediterráneo. Con la expresión «cultura mediterránea antigua» solo queremos referirnos a aquellas formas culturales que, consideradas a un cierto nivel de generalidad, pueden considerarse semejantes. Entre las más visibles en los restos arqueológicos hoy disponibles están: una tecnología con un nivel de desarrollo correspondiente al de las sociedades agrarias avanzadas (arado de hierro, metalurgia, técnica de navegación a vela), formas de gobierno de fuerte orientación belicista, una concepción personificada de la divinidad y un tipo de re-

lación con lo divino centrada en los sacrificios cruentos. No obstante, como mostraré a lo largo de este escrito, existieron otras muchas formas culturales compartidas que, a pesar de ser menos susceptibles de hacerse visibles en objetos materiales, no por eso fueron menos determinantes.

Entre los contactos transmediterráneos promovidos por los ejércitos, los que más influyeron en la configuración del escenario socio-cultural donde se escribió el Nuevo Testamento fueron la conquista del Mediterráneo oriental y de Mesopotamia por Alejandro Magno a finales del siglo IV a.C. y su posterior sometimiento por parte Roma en el siglo I a.C. El primero tuvo como resultado la expansión de la lengua y la cultura griegas a través de los centros urbanos y los circuitos comerciales de la zona; el segundo, la integración política y comercial de toda la cuenca mediterránea. De este modo, cuando el movimiento de los seguidores de Jesús empezó a crear sus primeras comunidades urbanas, se encontró súbitamente incorporado a una amplia red de comunicaciones e intercambios de ideas en lengua griega que facilitó enormemente la circulación de su mensaje y de sus prácticas por todas las ciudades del imperio. El hecho de que todos los documentos del Nuevo Testamento estén escritos en griego indica que fueron compuestos o traducidos en comunidades urbanas insertas en esa red, lo que a su vez explica su rápida y extensa difusión.

Como cualquier persona aficionada a viajar sabe, las distancias culturales son mucho más difíciles de salvar que las distancias geográficas. Para entender la forma de vida, los valores y los sentimientos de un grupo humano perteneciente a una cultura distinta de la nuestra no solo debemos conocer su lengua y acercarnos físicamente a él, sino también observar y/o compartir durante bastante tiempo su vida, esforzándonos por captar la coherencia de sus cos-

tumbres, creencias y criterios. Uno de los factores históricos que más ha contribuido a dificultar nuestro acercamiento a las culturas antiguas ha sido la Revolución industrial acaecida en Europa y Norteamérica durante el siglo XIX; una revolución que, habiendo sido propiciada por el desarrollo de la tecnología científica, sirvió a su vez para consolidar al conocimiento científico como la forma prioritaria de conocimiento en todas las sociedades occidentales contemporáneas. Estos cambios en el modo de producción y en el orden del conocimiento han modificado de forma definitiva las relaciones del hombre con la naturaleza, la concepción de la persona y las dinámicas culturales de la inserción y funcionamiento del individuo dentro de la sociedad.

La magnitud del foso cultural creado por la Revolución industrial implica que una persona nacida y educada en una sociedad industrial o posindustrial tiene más dificultades para entender correctamente un escrito medieval que las que un intelectual medieval tenía para entender un escrito antiguo, y que contemporáneos nuestros pertenecientes a sociedades no industrializadas muy distantes geográficamente del Mediterráneo sean más capaces de conectar con el imaginario cultural presupuesto en los primeros escritos cristianos que los actuales habitantes cristianos del sur de Europa.

El esfuerzo por acceder al imaginario cultural de las sociedades preindustriales a través de su producción escrita encuentra, en la zona cultural del Mediterráneo antiguo, otra dificultad añadida. Esta dificultad consiste en que la mayoría de los documentos preservados contienen textos de baja contextualización. Dicho en otras palabras: han sido escritos bajo el presupuesto de que los autores y los destinatarios comparten una misma realidad social y cultural. Bajo este presupuesto, se abstienen de describir y explicar todos aquellos rasgos de su realidad social que consideran evidentes –pero que un lec-

tor moderno no tiene por qué conocer—. La baja contextualización de la producción literaria antigua denota una experiencia del cambio y una concepción del mundo social radicalmente distinta a la nuestra. Para nosotros, la innovación tecnológica y los cambios en usos y costumbres que constantemente promueve son rasgos esenciales y generalmente valorados de nuestra concepción del mundo social. Conscientes de este dinamismo, los escritores contemporáneos se ven en la necesidad de informar explícitamente al lector sobre el contexto particular en el que se sitúa su obra. Para los pueblos antiguos del área mediterránea, el desarrollo tecnológico era muchísimo más lento y sus consecuencias, por tanto, apenas apreciables. Los cambios sociales que una persona podía experimentar a lo largo de su vida eran casi exclusivamente de carácter político —guerras, relevos en las élites gobernantes, modificaciones legales, etc.— y no afectaban a los valores, creencias, categorizaciones grupales e identidades sociales compartidas sobre las que se fundamentaba la vida cotidiana. En estas condiciones, no es extraño que la comunicación escrita presuponiera un contexto de significaciones compartidas mucho más amplio que el que puede presuponer hoy día.

Además de la distancia cultural que nos separa de los autores y destinatarios del Nuevo Testamento, existe también entre ellos y nosotros una importante distancia temporal. Los casi veinte siglos transcurridos desde que los seguidores de Jesús empezaron a escribir sobre los contenidos de su fe y su vida comunitaria no solo impiden nuestro contacto inmediato con su realidad sociocultural, sino que además son responsables de la desaparición de casi todas las huellas materiales que sin duda produjeron. Nunca podremos entrevistar a los miembros de las comunidades paulinas y tampoco a las gentes que fueron testigos de su actividad religiosa y organizativa. Nunca podremos recuperar los documentos, objetos materiales y estructu-

ras arquitectónicas que fueron destruidos por el paso del tiempo. Las barreras y deficiencias que la distancia temporal impone a nuestro conocimiento nos obligan a reconocer que cualquier escenario sociocultural que utilicemos para contextualizar los textos del Nuevo Testamento será siempre un contexto reconstruido con un número relativamente escaso de datos y, por tanto, un contexto hipotético.

Ante este estado de cosas, el exégeta neotestamentario debe conformarse con leer sus textos sobre contextos reconstruidos a partir de los restos documentales y arqueológicos disponibles. La exigencia más importante y básica que debemos hacer a estas reconstrucciones es que integren coherentemente todos esos datos. Sin embargo, como argumentare detenidamente en el próximo apartado, los datos por sí solos son muchas veces incapaces de sugerir el tipo de tramas relacionales y significativas en las que estuvieron insertos.

Dificultades para organizar e interpretar los datos antiguos

A pesar de los esfuerzos y avances de la arqueología y de la historia, los datos procedentes de documentos y restos materiales antiguos no son suficientes para reconstruir todos los aspectos relevantes de la sociedad y la cultura mediterráneas a principios de nuestra era. Las razones de esta deficiencia es que los datos disponibles suelen ser escasos y sesgados, su distribución espaciotemporal y social es en muchos casos muy desigual y, además, siempre necesitan interpretación.

La distancia temporal nos impide observar directamente el funcionamiento de esa sociedad. Las personas cuya actividad la hacían

funcionar han desaparecido, por lo que nos tenemos que conformar con el estudio de las huellas materiales que han dejado y que el paso del tiempo no ha conseguido borrar. Pero las huellas materiales ofrecen generalmente una información pobre y parcial de la actividad que las produjo. Así, por ejemplo, del drama humano vivido por un cautivo de guerra puede que solo nos quede un documento de compraventa emitido por un mercader de esclavos; de las dificultades y trabajos de una familia campesina durante una sequía, el esqueleto de un niño desnutrido; de la existencia de muchas mujeres, las referencias en inscripciones funerarias de su relación de parentesco con los varones que las hicieron sepultar. También se han encontrado muchos objetos antiguos cuyo uso es discutible. Así por ejemplo, ciertos colgantes que hasta hace poco eran clasificados como simples objetos de adorno, son hoy considerados por algunos historiadores como amuletos de uso mágico.

Por otra parte, tenemos muchísimos menos datos sobre la vida de la gente humilde que sobre de la de los ricos y, dentro de un mismo nivel social, tenemos muchísima menos información sobre las mujeres que sobre los varones. Estas circunstancias no se deben a que la población antigua comprendiera muchos ricos y pocos pobres, muchos varones y pocas mujeres. Se debe a que las casas de los ricos suelen ser de piedra, un material resistente, y las de los pobres, de arcilla deleznable; a que los ajuares de los ricos incluyen muchos objetos duros (monedas, joyas, marfiles) y los de los pobres pocos; a que los varones ricos estaban alfabetizados y controlaban la producción de documentos, mientras que los pobres y las mujeres no tenían acceso a la escritura, por falta de conocimiento u oportunidades.

Podemos, por tanto, suponer que los restos documentales y arqueológicos están sesgados a favor de los varones ricos y poderosos de

cuyas actividades e intereses nos ofrecen bastante información, mientras que de los pobres, esclavos y mujeres solo recogen aquello que interesaba o afectaba a sus superiores. Así, no debe extrañarnos que los campesinos solo aparezcan en los documentos históricos cuando sus protestas se hacen violentas y ponen en cuestión el buen funcionamiento de la sociedad; y que las mujeres nobles solo entren en la historia, cuando participan en intrigas políticas o avergüenzan públicamente a sus maridos. Y en estas ocasiones, lo más frecuente es que el cronista –varón cliente de varones poderosos– presente una visión negativa de los campesinos y mujeres que estorban la forma de vida y los proyectos de sus patrones. Esto explica, por ejemplo, que tengamos tan pocos testimonios no cristianos sobre Jesús y que esos pocos se refieran más a su ejecución como revoltoso político y al impacto ejercido por algunos grupos de sus seguidores en el orden sociopolítico del imperio que a su vida, mensaje y proyecto. Pues, en efecto, este profeta galileo fue un hombre de ascendencia humilde cuya actividad se desarrolló siempre entre los sectores sociales más bajos de la Palestina de su tiempo. Así mismo, también podemos ahora comprender por qué los primeros escritos sobre la actividad y la enseñanza de Jesús fueron compuestos fundamentalmente a partir de tradiciones orales y solo después de que hubiera transcurrido el tiempo suficiente para que el movimiento por él liderado entre la población humilde de Galilea incorporara personas de un nivel social relativamente superior.

Para reconstruir la dinámica vital de los grupos humanos que constituyeron las sociedades del pasado necesitamos imaginar escenarios, formas de relación humana, motivaciones y sentimientos que no aparecen objetiva y explícitamente expresados en los propios restos arqueológicos y documentarios. Por tanto, si queremos que nuestra exploración del mundo antiguo dé como fruto algo más

que un mero conjunto de enunciados puramente descriptivos y desconectados entre sí, debemos aceptar que será preciso completarlos, relacionarlos e interpretarlos con la ayuda de otros conocimientos. Esos otros conocimientos con los que es necesario articular los datos antiguos para lograr una reconstrucción significativa del pasado son, necesariamente, conocimientos adquiridos por el investigador en su propio presente histórico: Son saberes generales o científicos acerca de cómo es el mundo físico, presupuestos acerca de cómo actúan las personas, y teorías mejor o peor fundadas acerca de cómo se organizan y funcionan los grupos humanos.

La combinación de estas dos fuentes de información –los datos del pasado y los conocimientos presentes del historiador– subyace a todas las descripciones del pasado ofrecidas por los historiadores, incluso a aquellas que parecen más objetivas e inmediatas. Así, por ejemplo, a la hora de determinar la amplitud de los viajes marítimos realizados por una población mediterránea antigua, el historiador usa, además de los datos aportados por los restos arqueológicos de sus embarcaciones, muchos conocimientos actuales sobre flotabilidad, navegación y climatología del Mediterráneo.

La perspectiva del investigador

En la investigación histórica, el historiador ejerce un papel mucho más activo, creativo y determinante de lo que normalmente suponen los no expertos en la materia. Como ya he sugerido en páginas anteriores, lo que el historiador hace no es recuperar el pasado, sino reconstruirlo. Y su reconstrucción está siempre configurada desde unos intereses y una perspectiva particular. A nadie se le escapa la diferencia abismal que existe entre la historia tradicional exclusiva-

mente interesada en las políticas de las élites gobernantes y sus guerras, y la historia social que intenta descubrir cómo vivía la gente corriente de otras épocas. Una y otra forma de hacer historia responden fundamentalmente a las diferentes situaciones sociales de los investigadores dedicados a la tarea y a los diferentes intereses de las instituciones para las que trabajan.

Hoy día, la mayor parte de los historiadores limitan sus reconstrucciones a aspectos o cuestiones parciales de la época que estudian. Entre los especializados en la antigüedad romana, hay quienes investigan el funcionamiento de la economía, otros que buscan dilucidar la relación entre demografía y política, otros que se centran en la institución de la casa y su función social, etc. Aunque todos tengan a su disposición el mismo conjunto de datos documentales y arqueológicos, cada uno los analiza desde una perspectiva particular y cada uno se esfuerza por imbuirles de significado mediante un tipo específico de relaciones. Así, un diálogo de Platón puede proporcionar información, no solo sobre la filosofía de su autor, sino también sobre algunos tipos de relaciones sociales en la Atenas del siglo IV; los archivos de contratos matrimoniales pueden aportar información, no solo sobre la institución antigua del matrimonio, sino también, sobre determinadas variables demográficas; las colecciones de lápidas funerarias han servido tanto para estudiar creencias populares sobre el más allá, como para sacar a la luz las prácticas de ocultamiento de las identidades personales femeninas en la Grecia antigua. También los escritos del Nuevo Testamento pueden ser utilizados para extraer de ellos datos sobre el entorno social en el que fueron escritos. Así, por ejemplo, algunas parábolas de Jesús proporcionan información valiosa sobre la contratación temporal de jornaleros, las prácticas de aparcería y el endeudamiento campesino en la Palestina rural del siglo I, y las cartas de Pablo permiten

avanzar en el estudio del fenómeno sociocultural de las asociaciones voluntarias en el Imperio romano. La sensibilidad para detectar información útil no intencionada en documentos y objetos antiguos es una de las capacidades desarrolladas por la historiografía actual que más ha mejorado su precisión y rendimiento.

Esta tendencia a limitar la perspectiva desde la que se estudia el pasado ha ido generalmente acompañada de un control cada vez más riguroso en el manejo de datos y de hipótesis interpretativas. La investigación histórica actual invierte mucho tiempo y esfuerzo en recopilar y catalogar gran cantidad de objetos antiguos que hasta hace relativamente poco eran relegados por su escaso valor. Hoy día, por ejemplo, se coleccionan monedas antiguas de toda clase, incluso las monedas de bronce de menor tamaño, y se considera importante conocer, no solo los diferentes tipos o acuñaciones existentes, sino también su relativa abundancia y la densidad de su presencia en los distintos yacimientos. Todos estos datos sirven para evaluar el uso que los diferentes grupos sociales hacían de los diferentes tipos de moneda, la dinámica de la circulación monetaria y el grado de monetarización de la economía en las distintas regiones del imperio. Una atención análoga se presta a las inscripciones funerarias, a los restos de cerámica, a los grafitis escritos en las paredes y muros urbanos, a los contratos de compraventa y a otros muchos restos de apariencia poco vistosa que la historia tradicional de «reyes y batallas» solía despreciar.

Para organizar e interpretar estas grandes colecciones de restos antiguos los historiadores actuales recurren cada vez con más frecuencia a modelos de las ciencias sociales. Durante las últimas décadas, las ciencias sociales se han ido multiplicando y subdividiendo a una velocidad creciente. Una de las causas de esta proliferación es la constante innovación metodológica y la incesante búsqueda de

nuevas aproximaciones experimentales; otra, el nuevo interés por ciertos aspectos de la dimensión social del ser humano que hasta hace poco habían sido ignorados o considerados irrelevantes. Piénsese, por ejemplo, en la variedad de metodologías que se aplican hoy al estudio de la memoria, o en el descubrimiento relativamente reciente de la dimensión cultural de las emociones y del importantísimo papel que juegan en todos los ámbitos de la vida personal, grupal y social.

Las ciencias sociales estudian al ser humano en sociedad. Unas se centran fundamentalmente en el individuo, esforzándose por entender cómo le afecta o le influye el entorno social. Este es el caso de todas las disciplinas incluidas en la psicología social. Otras se centran más en la organización y funcionamiento de los grupos o los colectivos humanos, lo que suele motivar que se las clasifique como ramas o subdivisiones de la sociología. Sin embargo, es difícil sus- traerse a la conclusión de que, en el conjunto de las ciencias socia- les, la relación entre el énfasis puesto sobre el individuo y el puesto sobre el entorno social forma un continuo y que no es acertado em- peñarse en hacer clasificaciones nítidas en función de este paráme- tro. De hecho, se constatan muchos solapamientos. Así, por ejem- plo, las teorías sobre la formación de la memoria colectiva y su influencia en la construcción de identidades grupales pueden consi- derarse simultáneamente incluidas en la psicología social y en la so- ciología de grupos.

Aunque las sociedades y los grupos humanos son ciertamente mu- cho más que la suma de sus miembros, su funcionamiento y su transformación en el tiempo dependen siempre de las acciones, de- cisiones y conductas de personas concretas. Dicho en otras pala- bras: no existen sujetos colectivos. Ahora bien, la persona humana tiene dos capacidades que dificultan enormemente cualquier inten-

to de convertir su comportamiento en objeto de predicción científica. Estas son su capacidad para aprender de la experiencia, tanto de la propia como de la ajena, y su capacidad para imaginar posibilidades alternativas a casi cualquier situación presente. Gracias al aprendizaje puede el individuo evitar muchas situaciones no deseadas, y gracias a la imaginación puede darse a sí mismo la motivación suficiente para actuar persiguiendo objetivos todavía inexistentes. A pesar de que los planes fracasados y los objetivos no alcanzados abundan en casi todas las biografías personales, esta tendencia innata a tantear constantemente el ámbito de lo posible imaginado dota a la humanidad de una creatividad prácticamente incontrolable.

Hoy día son muy pocos los investigadores sociales que creen poder predecir los comportamientos de las personas o las transformaciones globales de las sociedades. La experiencia diaria demuestra que ni siquiera podemos predecir las estrategias económicas del pequeño grupo de personas que controlan las finanzas mundiales; a pesar de que el comportamiento económico es mucho más limitado y está mucho más regulado que la mayoría de los demás ámbitos de la acción humana.

Generalmente, los conocimientos que ofrecen las ciencias sociales solo pretenden proporcionar instrumentos conceptuales adecuados para analizar aspectos relevantes de la realidad social y dilucidar las posibles relaciones existentes entre ellos. Estos conocimientos permiten comprender muchos fenómenos sociales, señalar las influencias que unos factores pueden tener sobre otros, y orientar el diseño de estrategias políticas preventivas, pero en muy pocos casos sirven para hacer pronósticos fundamentados. Para el uso que los historiadores hacen de las ciencias sociales, este tipo de conocimiento es, no obstante, suficiente. El pasado está ya dado, y lo que deseamos obtener de su estudio es una visión significativamente co-

herente de las formas de vida de nuestros antecesores y de las dinámicas sociales implicadas en su transformación a lo largo del tiempo. Los estudiosos de los orígenes históricos del cristianismo no pretendemos poder decir que «las cosas fueron como necesariamente tenían que ser».